



AVISO LEGAL

Capítulo de libro: Guerra cultural: proyecto y acción del bolsonarismo

Autor del capítulo: Crespo, Regina

Título del libro: *(Des) Brasil: del desvarío bolsonarista a los desafíos de la reconstrucción*

Autores del libro: Madureira, Miriam; Cavalcante, Cristina; Penido, Ana; Saint-Pierre, Héctor Luis; Meireles, Monika; Granato, Leonardo; Crespo, Regina; de Oliveira Benedito, Fabiana ; Ramírez Kuri, Georgette; Granato, Leonardo; Teixeira da Silva, Luis Gustavo; Esteban, María Teresa; Rech, Moisés J.; Imai Cenamo, Tamy.

Colaboradores del libro: Crespo, Regina; Madureira, Miriam Mesquita Sampaio de; Meireles, Monika; Ramírez Kuri, Georgette (coordinadoras).

ISBN del libro: 978-607-30-9164-0

DOI del libro: <https://doi.org/10.22201/cialc.9786073091640e.2024>

Forma sugerida de citar: Crespo, R. (2024). Guerra cultural: proyecto y acción del bolsonarismo. En M. Madureira, M. Meireles, y G. Ramírez (coords.). *(Des) Brasil: del desvarío bolsonarista a los desafíos de la reconstrucción (152-179)*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jsui/>

D.R. © 2024 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

TERCERA PARTE
DESTRUCCIÓN DE LA CULTURA
Y DESESTRUCTURACIÓN SOCIAL

GUERRA CULTURAL: proyecto y acción del bolsonarismo

Regina Crespo

¿Qué es lo que lleva a una parte significativa de la población de un país, independientemente de su filiación de clase, a defender y repetir, como una especie de mantra, el lema “Dios, patria, familia y libertad”? ¿Qué es lo que legitima a los ojos de esas personas la demonización de la política y el pensamiento crítico, y el ataque a universidades, científicos, profesores e intelectuales? ¿Qué hizo que dejaran de considerar la cultura como parte de la vida social y política del país y pasaran a desconfiar de los artistas y a cuestionar su trabajo? ¿Cómo entender el papel de las redes sociales en todo este contexto de avance reaccionario? Finalmente, ¿cómo combatir tal avance y retomar un proyecto cultural democrático para Brasil? Esas cinco preguntas orientan el presente capítulo, que parte de la hipótesis de que la cultura sirvió simultáneamente como punto de partida y arena de experimentación para el crecimiento de la extrema derecha en Brasil y constituyó uno de los ejes principales del avance y consolidación de lo que llamaríamos “proyecto bolsonarista”. Para desarrollar tal hipótesis es necesario entender

la cultura como espacio de expresión, constitución y reproducción de estructuras de dominación, pero también como un permanente campo de batalla (Bourdieu, 1996; Said, 2004).

En sus cuatro años de gobierno, Jair Messias Bolsonaro impuso una agenda de destrucción de las instituciones del Estado, la cual empezó a llevar a cabo desde sus primeros decretos. Sin embargo, tal agenda ya estaba explícita en los discursos de su campaña victoriosa, basada en la cantaleta del combate a la corrupción, al sistema político envilecido y, principalmente, a las instituciones culturales que, según él y sus seguidores, estaban secuestradas por la izquierda, que se había adueñado de la cultura nacional. El 12 de diciembre de 2017, el todavía diputado federal Jair Bolsonaro ya vociferaba en una entrevista al periódico *O Estado de S. Paulo*: “¡Seguiremos hasta el final! Hay algo más grande en juego que las elecciones: el fin de la hegemonía cultural de la izquierda en Brasil” (*apud* Castro Rocha, 2021, 108-109).¹ El proyecto de desmonte del país, ya iniciado por Michel Temer, estaba listo para avanzar en su marcha, y Bolsonaro lo impulsaría con mucha eficiencia.

En este trabajo presentaremos algunos factores estructurales y contextuales que contribuyeron al crecimiento de la derecha y extrema derecha en Brasil, al triunfo de Bolsonaro en la contienda presidencial y a la articulación de la guerra cultural llevada a cabo por el bolsonarismo. Analizaremos el desarrollo del proyecto de desmonte del Estado como parte constitutiva de la guerra cultural bolsonarista y, finalmente, reflexionaremos sobre su situación en el Brasil actual.

¹ Para darle fluidez a la lectura, las citas originales en portugués aparecerán traducidas al español.

EL CONSERVADURISMO LATENTE O EL CONTEXTO QUE ANTECEDIÓ Y PROPICIÓ EL BOLSONARISMO

Para empezar, no sólo hay que entender cómo pudo llegar a la presidencia de Brasil un personaje tan mediocre como Bolsonaro, sino descifrar cómo alcanzó ese puesto con el apoyo de más del 50% de los electores.² Es importante saber cómo mantuvo su popularidad durante los cuatro años de su mandato y cómo llegó a estar tan cerca de su reelección, a pesar de todas las denuncias que sufrió y de escándalos, por ejemplo, su abyecta conducta frente a la pandemia de la covid-19. El uso indiscriminado de recursos públicos y de la máquina del Estado para mantenerse en el poder y financiar sus agresivas campañas electorales no es suficiente para justificar su éxito. Tampoco es fácil entender la casi victoria de Bolsonaro en 2022 tomando en cuenta sólo sus características de líder carismático.

Explicar el ascenso de Bolsonaro y, más que eso, el crecimiento de la derecha y la extrema derecha en Brasil requiere observar una serie de factores estructurales y contextuales y procurar entender cómo se relacionan. Pretendemos demostrar que las condiciones para el advenimiento del bolsonarismo ya estaban presentes en Brasil (algunas de manera explícita y otras, de modo latente) y que el proceso de “bolsonarización” del país no se basó sólo en mantener la agenda económica neoliberal que defendió desde su campaña. El proyecto bolsonarista no sólo ha buscado legitimar y profundizar el neoliberalismo, al defender el libre mercado y de una sociedad “libre” (recordemos que las

² Recordemos que en 2018 Bolsonaro venció a Fernando Haddad en la segunda vuelta electoral por una diferencia de más del 10%. En las elecciones de 2022, la disputa fue mucho más reñida: Luiz Inácio Lula da Silva rebasó a Bolsonaro por menos del 2%. Los resultados de esta contienda confirmaron que subsistía un fuerte apoyo a Bolsonaro y reforzaron la imagen de Brasil como un país ideológicamente dividido. Véase <<https://g1.globo.com/politica/eleicoes/2018/apuracao/presidente.ghml>> y <<https://noticias.uol.com.br/eleicoes/2022/apuracao/2turno/>>.

privatizaciones y la desregulación y precarización del trabajo ya venían de antes). El bolsonarismo ha crecido también a partir de una agenda ideológica conservadora con la que supo hilvanar, en su propio beneficio, una serie de malestares sociales previos a su surgimiento.

El fortalecimiento de un imaginario políticamente reaccionario, culturalmente conservador y socialmente excluyente en el país se asocia a un proceso paulatino de articulación de las fuerzas de derecha locales, reforzado ya en los años 1990, en gran parte como reacción a la Constitución de 1988 (Rocha, 2018). En una sociedad como la brasileña, recién salida de 21 años de dictadura cívico-militar, con niveles inmensos de desigualdad y basada en prejuicios, privilegios y prebendas, la llamada “Constitución ciudadana” no recibió el beneplácito de los militares, quienes se sintieron despojados del poder político del que se creían legítimos dueños.³ Tampoco conquistó la simpatía de los sectores económica y políticamente dominantes. Los intentos de retirar de la Constitución sus avances y el “exceso de derechos” empezaron rápido y se incrementaron a lo largo del tiempo.⁴ A continuación, seleccionaremos algunos elementos que consideramos fundamentales en la construcción del caldo de cultivo en que el bolsonarismo se nutrió y prosperó.

³ La ley de amnistía fue negociada con los militares (Fico, 2010) y no hubo castigo a los torturadores ni un verdadero proceso de memoria, verdad y justicia, como en Argentina. La iniciativa de Dilma Rousseff de crear una Comisión de la verdad despertó entre los militares el resentimiento que habían guardado a partir de que entregaron el gobierno del país a los civiles. Ese elemento puede ayudar a entender el apoyo de los militares a Bolsonaro, a pesar de su pasado de capitán mediocre e insubordinado.

⁴ En su artículo tercero, la Constitución plantea construir una sociedad libre, justa y solidaria; garantizar el desarrollo nacional; erradicar la pobreza; disminuir las desigualdades sociales y regionales y promover el bien de todos, sin ningún tipo de prejuicio o discriminación (de raza, origen, color, edad, etc.). Nada está más lejos de los grupos conservadores y defensores del mercado y del Estado mínimo que este artículo. Véase <<https://www.tse.jus.br/legislacao/codigo-eleitoral/constituicao-federal/constituicao-da-republica-federativa-do-brasil>>.

El proyecto cultural bolsonarista requirió, en primer lugar, el apoyo de una estructura educativa acorde con sus presupuestos empobrecedores. En ese sentido, el advenimiento del movimiento “Escuela sin Partido” en 2004 fue muy importante. Su propuesta era y sigue siendo “ocuparse de que las escuelas brasileñas volvieran a funcionar como centros neutrales de producción y difusión de conocimiento”. Según los voceros del movimiento (que posee representantes en las cámaras legislativas para defender sus propuestas y presentar proyectos de ley en todo el país), la mayoría de los educadores promociona y apoya el “adoctrinamiento”⁵ que, según su programa de acción, sólo existe en el campo de la izquierda. Con tal argumento, el movimiento estimula entre alumnos y padres de familia la denuncia y condena de los “adoctrinadores”. Ha propiciado y fortalecido la censura en las escuelas, la persecución de profesores, la demonización de la ciencia y la reflexión crítica y la diseminación de prejuicios e intolerancia. El combate incessante a lo que éste y otros grupos conservadores denominan “ideología de género” es un ejemplo; la condena al feminismo es otro; y el intento de camuflar la diversidad y naturalizar las desigualdades de la sociedad brasileña es un tercero. Finalmente, la exigencia de enseñar la Biblia y el creacionismo en las escuelas públicas, hecha por diputados evangélicos a través de varios proyectos de ley, confirma la importancia de la educación para los grupos conservadores en la conquista de la hegemonía cultural y política.

Iniciativas como “Escuela sin Partido” prepararon el terreno para políticas públicas de evidente y paradójica intervención ideológica en la educación (¿dónde estaría aquí la tan defendida “neutralidad”?). En 2019, el Ministerio de Educación, en colaboración con el Ministerio de Defensa, lanzó un programa de escuelas cívico-militares (adaptación de las escuelas situadas en las zonas de alta vulnerabilidad, con el aprovechamiento del cuerpo docente original y el apoyo de militares en las

⁵ Escola sem Partido, “Quem somos”, en <<http://escolasempartido.org/>>.

tareas educativas y formativas). En enero de 2023, Luiz Inácio Lula da Silva cerró la dirección encargada de dicho programa en el Ministerio de Educación. Aún no se sabe cuál será el futuro de esas escuelas, distribuidas por todo el país. Sin embargo, hay que investigar las razones del éxito de esta experiencia entre la población a cuyos jóvenes el proyecto pretendía ofrecer una educación “no ideologizada”, a la vez que buscaba disciplinarlos y controlarlos bajo la norma militar.⁶

Tanto “Escuela sin partido”, como escuelas cívico-militares y la educación en casa han recibido el apoyo del fundamentalismo religioso de las iglesias evangélicas, especialmente las neopentecostales, además del beneplácito del ala conservadora de la iglesia católica. En esas iglesias encontramos el segundo elemento para entender la escalada de la derecha y extrema derecha en Brasil.

El incremento en la acción política de las iglesias (que mantienen enorme representación en el congreso nacional) ha contribuido de manera prominente en la construcción del imaginario autoritario y moralista que marca al bolsonarismo. Quizás no sea exagerado afirmar que la “teología de la prosperidad” y la “teología del dominio” de los neopentecostales sustituyeron a la teología de la liberación de los católicos, como fuerza social aglutinante. La teología de la liberación y otras vertientes progresistas (incluso de iglesias asociadas al protestantismo histórico), constituyeron una pieza de resistencia muy potente durante la dictadura militar.⁷ Sin embargo, a medida que sufrió la presión de la cúpula de la Iglesia católica, bajo el papado de Juan

⁶ “MEC apresenta os resultados do Programa Nacional das Escolas Cívico-Militares”, Gobierno de Brasil [página web], 15 de diciembre de 2022, en <<https://www.gov.br/casacivil/pt-br/assuntos/noticias/2022/dezembro/mec-apresenta-os-resultados-do-programa-nacional-das-escolas-civico-militares>>.

⁷ En una conferencia en YouTube, de 2020, Lula da Silva y el teólogo Leonardo Boff afirmaron que la teología de la liberación, a través de la acción de las Comunidades Eclesiales de Base, fue fundamental en los orígenes del PT, en su fundación y en los primeros años de su acción. La extrema derecha católica rechazó ampliamente tal conferencia. Véase <<https://www.ipco.org.br/o-pt-nasceu-das-comunidades-de-base-afirmam-ex-frei-boff-e-lula>>.

Pablo II, su presencia en los movimientos sociales y en las periferias fue disminuyendo. Por otra parte, conforme el Partido de los Trabajadores (PT) se burocratizó y concentró su acción en la gobernanza y en el ámbito parlamentario, también se alejó de los sectores más explotados y de sus demandas. Ya en el gobierno federal, el PT desestimó la importancia del trabajo de concientización de la población acerca del papel de las políticas públicas de inclusión, que se estaban llevando a cabo. Eso propició la expansión, entre esos sectores, de una explicación meritocrática e individualista —muy utilizada por las iglesias y grupos evangélicos— para justificar el ascenso socioeconómico que experimentaron durante los casi catorce años de las presidencias de Lula da Silva y Rousseff.

De hecho, las iglesias evangélicas supieron aprovechar tales circunstancias para ganar feligreses: según el último censo (2010), los evangélicos ya constituían 42 millones (25 millones de pentecostales).⁸ Se trata de un rebaño en su gran mayoría identificado con una agenda moral conservadora, que defiende papeles sociales y de género muy bien delimitados y es proclive a obedecer las recomendaciones políticas de los pastores. Muchas iglesias son verdaderos grupos empresariales que cobran diezmo y alientan a los fieles a creer en la conquista del progreso material individual, a la vez que desestiman la acción política colectiva. La defensa que la mayoría de las agrupaciones evangélicas hace de la “familia tradicional”, los valores cristianos y una patria unida bajo la fuerza de la Biblia (con preponderancia del Viejo Testamento, más acorde con el carácter belicoso de esos grupos) dan a sus seguidores un sentido de comunidad, unidad e identidad colectiva, que potencia su fuerza en la arena político-cultural.

⁸ Para el demógrafo José Eustáquio Alves, los evangélicos deberán de rebasar a los católicos y ser mayoría en el país a partir de 2032. Según él, las causas para ese cambio estarían en el activismo evangélico, la pasividad católica y la mayor interacción entre las iglesias evangélicas y la política. El autor ilustra sus afirmaciones recordando el apoyo en masa que los mayores líderes del segmento brindaron a Bolsonaro en 2018 (Balloussier, 2020).

El tercer elemento previo e incentivador del bolsonarismo estuvo en el crecimiento de los grupos, movimientos y asociaciones de la derecha liberal y de la extrema derecha, conservadora y ultraliberal en el país. El fenómeno tomó mayor impulso a partir de dos eventos: el primero fueron las manifestaciones de junio de 2013 y el segundo, la operación Lava Jato.

Aunque la derecha liberal empezó a articularse mucho antes de 2013⁹ y aunque ya existían grupos conservadores que buscaban otras formas de representación de sus demandas políticas, principalmente en las redes digitales (Rocha, 2018, 17), las llamadas “Jornadas de junio” cumplieron un papel clave en su organización y abrieron espacio para el surgimiento de grupos radicales con una enorme capacidad de visibilidad y convocatoria (Movimento Brasil Livre, Vem pra Rua, Revoltados Online, entre otros). Las “Jornadas” que, en un principio se reunieron alrededor de las protestas por el aumento del transporte público, escalaron a una especie de catarsis colectiva que, finalmente, fue tomada por los grupos y organizaciones de derecha y extrema derecha. Esos grupos alimentaron el discurso de odio e intolerancia, ya presente en el escenario político nacional, y lo supieron capitalizar en las redes, con el claro apoyo de la prensa hegemónica (representante de los sectores económicamente dominantes), que aprovechó el momento para inflar su campaña en contra de la presidenta Dilma Rousseff.

En cuanto a la operación Lava Jato, recordemos que se inició en 2014 y que alimentó, también con el apoyo de los medios, una campaña de demonización de la política, pero especialmente del PT, señalado como el principal agente de la corrupción, vehiculada como el gran mal del país. Además de la gran destrucción de la economía nacional que la operación Lava Jato generó, con el cierre de empresas y pérdida

⁹ El Instituto Liberal, por ejemplo, fue creado en 1983, y el Instituto Millenium, en 2006. Ambos se vinculan a Atlas Network, *think tank*, cuya sede se encuentra en Washington, D.C. Desde 1981, ese poderoso centro actúa en la defensa y difusión de concepciones de la derecha ultraliberal, con organizaciones asociadas en todo el mundo (Baggio, 2016, 1-3).

de puestos de trabajo, la judicialización de la política que sus operadores llevaron a cabo conformó uno de los instrumentos más importantes para la destitución de Rousseff y posteriormente para la prisión de Lula da Silva, asimismo abrió espacio para el surgimiento de “héroes y paladines” de la justicia, con un *rating* creciente en los medios y en las redes sociales. El movimiento por la destitución de la presidenta, que empezó a organizarse prácticamente a partir de su reelección, trastornó el escenario político y cultural brasileño. En primer lugar, escudada en el espectáculo mediático del *lavajatismo* y de la demonización de la política, la derecha arrebató para sí el espacio de las calles y todo su contenido simbólico, tradicionalmente asociados a la izquierda. En segundo, aunado al movimiento anterior, ocurrió un fenómeno nuevo: la emergencia de una juventud de derecha con capacidad de movilización política, una gran agilidad digital, dominio de las redes y discurso beligerante. Estimulados por la persecución jurídica abierta por la operación Laja Jato y por la retórica de odio de su mayor guía, el ideólogo Olavo de Carvalho, esos jóvenes recibieron su llamado para organizarse y vencer a la “guerra cultural” instalada en Brasil y “librar al país del comunismo” (Castro Rocha, 2021, 19).¹⁰

Olavo de Carvalho merece una mención especial en este análisis, ya que tuvo un papel importante en la constitución de una atmósfera propicia a la conquista del poder por parte de la extrema derecha brasileña, no sólo por la influencia que logró tener en el núcleo cercano a Bolsonaro, su familia y grupo de apoyadores (Castro Rocha, 2021),

¹⁰ Como Castro Rocha (2021, 7), utilizaremos aquí el concepto de “guerra cultural” exclusivamente en el contexto brasileño, aunque tiene implicaciones en términos mundiales. No podemos olvidar las obvias relaciones entre el contexto nacional y la escena internacional en el desarrollo de los conflictos ideológicos y culturales entre grupos progresistas y conservadores. Tampoco debemos negar la enorme influencia del pensamiento conservador e incluso extremista estadounidense en la conformación de la agenda brasileña. Las iglesias neopentecostales brasileñas tienen su origen en las estadounidenses; el pensamiento de Carvalho se identifica con la agenda de la extrema derecha de Estados Unidos; y las estrategias digitales nacionales también son similares.

sino por otras causas. Con una prodigiosa habilidad para atraer adeptos, Carvalho supo responder a las insatisfacciones y frustraciones de sectores de clase media que se sentían abandonados por los gobiernos petistas, los cuales no habían respondido a sus demandas y necesidades. Asimismo, experto en elaborar teorías de la conspiración y propagador, al estilo de la extrema derecha estadounidense, de la necesidad de luchar en contra del globalismo y del “marxismo cultural”, Carvalho se volvió una especie de gurú de los formadores de opinión de la extrema derecha brasileña. Esto lo logró a partir de un hábil manejo de los recursos digitales. Además de sus libros, entrevistas y artículos en la prensa, y de sus cursos de filosofía en línea, se movió con total familiaridad por todas las plataformas digitales: Twitter, Facebook, YouTube y blogs personales. En sus polémicas participaciones, aderezadas por un lenguaje soez, Carvalho se dedicó a arengar contra el comunismo y el “globalismo”, a defender la dictadura militar, el cristianismo (jugando con la idea de que en todo el mundo se estaba llevando a cabo una guerra santa en contra de los cristianos), las libertades individuales y el negacionismo en toda su extensión.

La guerra cultural de Carvalho se alimenta de todos esos elementos y tiene como público preferencial, al igual que todo discurso de la extrema derecha, a los ciudadanos que tienen miedo: miedo de la violencia, de los inmigrantes en el mercado laboral, de la agenda “inmoral” y excesivamente liberal de los grupos progresistas, y de perder sus bienes y su forma de vivir por culpa de esos grupos y los políticos de izquierda. Hacer que ese miedo despierte un odio latente y lo exprese es parte primordial del proyecto político de la extrema derecha. Recordemos que Donald Trump logró hacerlo en Estados Unidos. Ese modelo, que radicalizó el debate político en aquel país, fue muy bien aplicado por Carvalho y sus seguidores en Brasil. La difusión de abordajes revisionistas de hechos históricos —como la dictadura cívico-militar— y la defensa que varios medios digitales (apoyados por trols y bots) hicieron de la idea de que los gobiernos petistas, algunos medios

de comunicación, los artistas y las universidades intentaban destruir el país, con la implantación de un régimen comunista, tuvieron una especie de “efecto tsunami”, al alimentar las redes sociales, que pasaron a fungir como fuentes de información de gran parte de la sociedad.

Ahora bien, todos los elementos mencionados ayudan a explicar la expansión del proyecto político-cultural bolsonarista. Hace falta observar, finalmente, que la acción de sus impulsores también se construyó alrededor del apoyo que dieron y recibieron de las Fuerzas Armadas, en especial el ejército. Después del ocaso mal digerido del fin de la dictadura, en el que hibernaron o mantuvieron un bajo perfil, los militares volvieron paulatinamente a presentarse como actores políticos activos. La nostalgia belicosa de Bolsonaro y Carvalho por el régimen de excepción —que, según ambos, desafortunadamente sólo había torturado, en lugar de matar a sus opositores— fue ampliamente difundida y se concretó en una campaña de rehabilitación de la imagen de los militares, quienes pasaron a ser presentados como los actores legítimamente capaces de restaurar el añorado antiguo orden. En la sociedad brasileña la memoria histórica no ha sido cultivada, el peso del pasado esclavista no ha sido entendido y superado y los jóvenes desconocen la dimensión de la lucha política que se llevó a cabo para que volviéramos a tener una democracia liberal en el país (aun con todos sus problemas y contradicciones). Finalmente, en esta sociedad, muchos de los que vivieron bajo la dictadura la apoyaron o fueron omisos ante su barbarie y ni siquiera cuestionaron la falta de un castigo a los torturadores. Bajo toda esa fragilidad, la posibilidad de un retroceso político, social y cultural sigue siendo enorme. Y esa ventana de oportunidad fue estratégicamente utilizada por los grupos de conservadores y extremistas que se reunieron alrededor de Bolsonaro.¹¹

¹¹ Bolsonaro repite la visión nostálgica que los sectores medios en particular han asociado con los años de la dictadura, esto es, como un periodo de crecimiento económico, estabilidad y principalmente seguro. Las amenazas a este edén fueron identificadas bajo un

Para los bolsonaristas se volvió fundamental ganar esa “guerra” que anunciaban —y que muchos siguen anunciando— como cultural y santa a la vez (no es fortuito que Bolsonaro siempre utilizara referencias bíblicas en sus discursos y menos aún que el eslogan de su campaña haya sido “Brasil por encima de todo, Dios por encima de todos”). La estrategia de los grupos y movimientos de derecha y extrema derecha que, a partir de 2018, se cobijaron bajo el bolsonarismo fue adueñarse de los símbolos nacionales (la bandera, el uso del verde-amarillo e incluso la playera de la selección de fútbol). Su objetivo fue desarrollar una campaña ideológica de rescate de la nación que, dadas la corrupción y la decadencia de los políticos, debía superponerse al propio Estado para sobrevivir (en esa ecuación nacionalismo y neoliberalismo significativamente no se contradecían).

Con tal agenda, los bolsonaristas pudieron utilizar la figura del “enemigo interno”, tomada del discurso y la práctica de los militares. A este “enemigo” habría que combatirlo y —por lo menos simbólica e ideológicamente— exterminarlo. Por tal razón, la ya mencionada “retórica del odio” no sólo se volvió un instrumento presente en los discursos del presidente y sus seguidores, sino que se esparció por las redes sociales. En un estado de movilización permanente, siempre en busca de algo o de alguien a quien atacar (el comunismo, el socialismo, la izquierda, Lula da Silva, los corruptos, los inmorales, los enemigos del país, etc.), la milicia digital formada alrededor de Bolsonaro se esmeró en procurar enemigos a fin de conquistar y ampliar a un público ávido por encontrar culpables de la supuesta “destrucción” del país y, claro, de sus propias frustraciones.

Todo ese movimiento alimentó una nueva producción cultural, que ayudó a respaldarlo. El grupo más potente en ese campo ha sido la productora Brasil Paralelo, que surgió en 2016, en Porto Alegre. Sus

genérico peligro comunista que, en la actualidad, ha servido para justificar la censura, el control político e incluso la violencia de Estado.

dueños, admiradores confesos de Olavo de Carvalho, suelen difundir una especie de mito fundacional: eran tan sólo tres estudiantes, dos cámaras y algunos reales. En 2022 la productora ya ocupaba tres pisos en un edificio comercial de la avenida Paulista, tenía 250 empleados y se encontraba en franca expansión. Brasil Paralelo se anuncia en su página web como “una empresa de entretenimiento y educación” (en ese orden), orientada “por la búsqueda de la verdad histórica, anclada en la realidad de los hechos, sin ningún tipo de ideologización en la producción de sus contenidos”.¹² Su nutrida producción (cursos y documentales históricamente revisionistas y conservadores sobre política, historia y actualidad) ha llegado a millones de brasileños, pues gran parte del contenido de la plataforma es de acceso gratuito, lo que amplía su difusión. El “documental” *O Brasil entre armas e livros*, de 2019, con más de 10 millones de vistas en su canal de YouTube, plantea básicamente que los militares ganaron la “revolución” de 1964, pero perdieron la guerra contra la izquierda: las armas no pudieron vencer al poder de los libros. Por ello, según los productores de Brasil Paralelo, esa será la batalla (la “guerra cultural”) que la derecha (Bolsonaro) deberá librar. Deberá rescatar a Brasil, nuestra nación judeocristiana, de las garras de la izquierda y ésta tendrá que ser extirpada del aparato de poder. En la visión de país que Brasil Paralelo vehicula —visión conservadora, sectaria, patriarcal y fundamentalmente cristiana— no hay espacio para toda la diversidad cultural, étnica y social, que fue cultivada de manera hegemónica como la característica principal de Brasil durante prácticamente todo el siglo XX. Asimismo, en dicha visión la sociedad brasileña debe seguir las reglas del neoliberalismo, pues en éste se encuentran las claves del éxito.

¹² Brasil Paralelo, “Sobre nós”, en <https://www.brasilparalelo.com.br/sobre?utm_medium=home>, consultada en abril de 2024. Existe una bibliografía consistente sobre la productora y sus relaciones con Carvalho y el bolsonarismo. Véanse, por ejemplo, los trabajos de Balestero dos Santos *et al.* (2020).

LA GUERRA CULTURAL INSTALADA
EN EL GOBIERNO: LA DESTRUCCIÓN
COMO META

En su primer despacho como presidente, el 2 de enero de 2019, Jair Bolsonaro eliminó el Ministerio de Cultura. Antes de él, Michel Temer ya había intentado hacerlo, pero no pudo enfrentar las protestas de la sociedad y tuvo que dar marcha atrás. En contraste, el excapitán no se sometió a la crítica de artistas, intelectuales y sectores de la sociedad inconformes. Podemos decir que éste fue el marco simbólico inicial de su política de destrucción. Bolsonaro transformó el ministerio en una secretaría de Estado, la transfirió al Ministerio de Ciudadanía y, a partir de noviembre de 2019, al Ministerio de Turismo. Insertar la cultura en el organigrama del turismo constituyó otro acto simbólico representativo de la degradación de la cultura por el gobierno. Bolsonaro le quitó autonomía, estatus y presupuesto a un sector que, durante los gobiernos petistas, no sólo tuvo un papel importante a nivel nacional, sino que proyectó al país en el extranjero. Tal decisión es paradigmática de los rumbos que el proyecto bolsonarista tomaría a lo largo de sus cuatro años de gestión. Desde el primer día, las tijeras afiladas del “desgobierno” empezaron a desfigurar todo el proyecto cultural anterior.

Sin embargo, para desfigurar tal proyecto era necesario desfigurar paralelamente la estructura educativa del país, interlocutora por antonomasia de la creación cultural, la producción científica y la reflexión crítica. El retroceso en ese campo fue elocuente: se invirtió menos en todos los niveles, desde la educación infantil hasta la universitaria. Las directrices conservadoras condicionaron la acción del ministerio y se tradujeron en persecuciones contra las universidades, intentos de cambiar programas de enseñanza e incluso de censurar e intervenir en la elaboración de los temas de los exámenes nacionales de ingreso a las universidades. La sustitución de funcionarios técnicos por gente

inepta, pero bolsonarista, fue frecuente. Los escándalos de corrupción también. El pastor evangélico Milton Ribeiro, cuarto ministro de Educación que ocupó esa plaza, llegó a estar preso, porque bajo su administración dos pastores cercanos a Bolsonaro gestionaban la liberación de recursos del ministerio a cambio de sobornos. El proceso de ideologización del ministerio ya había empezado con el olavista Ricardo Vélez Rodríguez, quien no alcanzó los cien primeros días de gobierno, pero procuró cambiar el sistema educativo, según él, “encuadrado en la ideología marxista” y “ajeno” a la vida de las personas por estar “sintonizado” con una formación “adoctrinada y de índole científicista”.¹³

En esos cuatro años, el odio de los bolsonaristas hacia la ciencia y la educación y su menosprecio de la comunidad científica fueron evidentes en los recortes financieros a las universidades, a los programas de becas y proyectos de investigación. Las universidades e institutos federales, que habían tenido una expansión sin precedentes, llegaron al borde de la quiebra. El presidente utilizó sus prerrogativas para elegir a los rectores de las universidades federales y de esa forma colocar en esos puestos a académicos bolsonaristas y así aumentar su propia influencia e intervención en la estructura universitaria. La censura se esparció entre la comunidad académica en general y, lo que es peor, la autocensura se intensificó. Algunas acusaciones de estudiantes a profesores llegaron a los juzgados. Algunos se aprovecharon de estos minutos de fama para lanzarse —con éxito— a la vida político partidista. Los profesores, por su parte, empezaron a cuidar más sus palabras, pero también a protestar para defender su derecho a enseñar, garantizado en la Constitución.

En esos cuatro años el desprecio y el odio de los bolsonaristas a la cultura se hicieron patentes en la pérdida de estatus que el cambio de

¹³ Leticia Moreira, “Relembre quais foram os ministros da Educação do governo Bolsonaro”, *Último segundo*, 10, 31 de marzo de 2022, en <<https://ultimosegundo.ig.com.br/politica/2022-03-31/relembre-ministros-educacao-governo-bolsonaro-polemicas.html>>.

ministerio a secretaría representó para la producción y aplicación de políticas culturales en el país. Asimismo, en la Secretaría de Cultura, repleta de olavistas, evangélicos y militares, tuvieron lugar las mismas escenas de boicoteos y descalificaciones de las voces divergentes que hubo en el Ministerio de Educación. Con la justificación de la disminución del presupuesto, se cerraron programas culturales y proyectos artísticos y se dejaron de financiar actividades del antiguo ministerio.

En ese sentido, la conducta ideológica y la *performance* mediática de Roberto Alvim, secretario de Cultura de septiembre de 2019 a enero de 2020 es muy significativa. A finales de 2019, este director de teatro bolsonarista dio un discurso en la UNESCO, en el que, para sorpresa general de los presentes, atacó a las artes brasileñas, afirmando que esclavizaban la mentalidad del pueblo en nombre de un violento proyecto de poder izquierdista. Alvim afirmó también que el país vivía un momento crucial de la guerra cultural y que estaba formando “un ejército combatiente de artistas espiritualmente comprometidos con el presidente para redefinir la historia cultural nacional” (Rubim, 2020, 12). En enero de 2020, para presentar la convocatoria al Premio Nacional de las Artes, Alvim plagió un discurso de Joseph Goebbels, en el que afirmaba, exactamente como el alemán, que el arte nacional debería ser heroico, emocional y dominante, pues de lo contrario no sería nada. Bajo los acordes de Richard Wagner, el secretario se movía en un escenario también plagiado a sus inspiradores nazis. Después de condenar públicamente el arte brasileño, tan alabado por su carácter diverso y creativo, Alvim popuso un concurso para la composición de óperas, una para cada región del país.

El escándalo fue enorme y Bolsonaro tuvo que despedirlo. Sin embargo, ese patético y trágico episodio ilustra la visión retrógrada y controladora que los bolsonaristas pretendían imprimir en la producción cultural. La cultura debería ser nacionalista, en un sentido conservador, homogénea y acrítica. ¿Qué lugar cabría al ejercicio libre y crítico del arte?

Las acciones del bolsonarismo sobre el sector cultural fueron terribles y se agravaron durante la pandemia. Sin tomar en cuenta la riqueza de la cultura brasileña, sus dimensiones simbólicas y sociales, el gobierno tampoco se interesó por entender su importancia económica para el país y las ventajas de mantener un sistema de producción generador de empleos y riqueza. Bolsonaro llegó a vetar leyes de apoyo a la producción y a la propia supervivencia de los productores culturales.

Adepto de la política del espectáculo, Bolsonaro tomó varias decisiones a fin de mantener su presencia en los medios masivos, azuzando a la masa de sus seguidores y conservando su movilización contra ese grupo específico de enemigos de la nación: los artistas. Un ejemplo importante de esa conducta recurrente de Bolsonaro (lo que demuestra que nunca hubo nada fortuito en sus acciones, sino un cálculo estratégico muy bien pensado), fue la designación del presidente de la Fundación Palmares. A esa institución, creada en 1988 para promover la preservación de los valores culturales, sociales y económicos de la cultura negra en la sociedad brasileña, Bolsonaro invitó a Sergio Camargo, un negro que condenaba el movimiento negro, que afirmaba que Brasil no era racista y que combatía lo que definía como el “victimismo de la negrada”. Asimismo, el presidente hizo una campaña permanente en contra de la famosa ley Rouanet, que apoya artistas y grupos culturales. Criticar esa ley y acusar a todos los artistas que la utilizaron se volvió una especie de grito de guerra de los bolsonaristas en general, quienes nunca entendieron sus mecanismos complejos. Varios artistas fueron agredidos en las calles y acusados de recibir recursos que pudieron haber financiado obras verdaderamente importantes para la población. Ese tipo de acción estimulada por el gobierno ilustra, también, su concepción del arte y la cultura como superfluas y desechables. ¿A final de cuentas, el pueblo necesita el arte? ¿Qué arte y para qué? La apología de la ignorancia se volvió casi una marca de distinción para separar al pueblo común de los arrogantes intelectuales.

Vale la pena recordar una cena que Bolsonaro ofreció a algunos formadores de opinión de la derecha estadounidense (entre los cuales estaba Steve Bannon) en la Embajada de Brasil, al inicio de su presidencia, el 17 de marzo de 2019. En ésta, Bolsonaro resumiría su “programa de gobierno”: “Brasil no es un terreno abierto, donde pretendemos construir cosas para nuestro pueblo. Tenemos que desconstruir muchas cosas, deshacer muchas cosas, para después recomenzar a hacer”. En la cena, sentado a su derecha, estaba Olavo de Carvalho, a quien Bolsonaro reconoció públicamente como “en gran parte responsable por la revolución que estamos viviendo hoy en Brasil”. Bolsonaro se presentó a sí mismo como el elegido por Dios para evitar que Brasil se mantuviera en el camino hacia el socialismo, hacia el comunismo (Marin, 2019). Con la aprobación de “los gringos” en el bolsillo, el nuevo presidente regresó a Brasil, desenfundó su espada y, en nombre de Dios y del neoliberalismo, siguió cortando cabezas y desmontando el Estado.

Quisiéramos señalar cómo la acción de desmonte iniciada con el fin del Ministerio de Cultura se completa, simbólicamente, con otras decisiones de Bolsonaro en lo que concierne al aparato estatal y al nombramiento de funcionarios. Al asumir la presidencia, Bolsonaro disminuyó el número de ministerios: con el argumento de que cerrar ministerios y despedir funcionarios representaría un ahorro para el gobierno y por ende para la nación (con el mensaje implícito de que los funcionarios públicos son desechables), el presidente apuntó su furia a los órganos directamente relacionados con políticas sociales, derechos humanos y minorías. Los ejemplos son muchos, pero nos limitaremos a tres.

En los primeros meses de 2019, Bolsonaro eliminó el Ministerio de Trabajo, que existía desde 1930. En 2021, a través de una medida provisional volvió a crearlo, pero lo hizo sin consultar a ninguna organización de trabajadores y en confabulación con políticos aliados a empresarios y banqueros, defensores de políticas neoliberales como la eliminación de los derechos laborales y el incremento de las privatizaciones. Al iniciar su gobierno, Bolsonaro fusionó varias áreas y creó

el Ministerio de la Mujer, Familia y Derechos Humanos. Sí, es cierto que puso al frente de ese ministerio a una mujer, sin embargo, su currículum constituye una verdadera síntesis del proyecto bolsonarista: la antigua asesora jurídica de diputados evangélicos, Damares Alves, que se mantendría al frente del ministerio durante los cuatro años del gobierno de Bolsonaro, es una pastora evangélica antifeminista, crítica de la “ideología de género”, antiaborto, defensora del programa “Escuela sin Partido” y del regreso de la Biblia a las escuelas.

Finalmente, para lograr cumplir una de sus principales promesas de campaña (no demarcar ni siquiera un centímetro más de tierras indígenas), Bolsonaro nombró como presidentes de la Fundación Nacional del Indio (Funai), primero a un subsecretario del Ministerio de Transportes, después a un militar y, a partir de 2019, a Marcelo Xavier da Silva, un funcionario de la Policía Federal, apoyado por el grupo parlamentario ruralista. Da Silva no sólo favoreció la ocupación de tierras por hacendados, sino que criminalizó a los líderes indígenas y a los mismos funcionarios de la Funai que pretendían cumplir con las leyes de protección de esta agencia. Como bien lo definieron los especialistas, con Bolsonaro la Funai se transformó en la Fundación Antiindígena.¹⁴

Como podemos ver a partir de esos tres ejemplos, esa política de “destrucción como meta” se sostuvo sobre varios ejes. En los tres casos mencionados, con la desarticulación de los trabajadores; con el retroceso de las conquistas sociales, basado en la adopción de una agenda religiosa y moral retrógrada; con el genocidio indígena, sostenido sobre la defensa de los intereses económicos del agronegocio y del negacionismo ambiental. Creemos que todas esas acciones de Bolsonaro

¹⁴ El asesinato brutal del indigenista Bruno Pereira (destituido de su puesto en la Funai) y del periodista Dom Phillips en una expedición por la Amazonia demostró al mundo el terror de la necropolítica de Bolsonaro. “Fundação Anti-indígena: um retrato da Funai sob o governo Bolsonaro”, Inesc [página web], 13 de junio de 2022, en <<https://www.inesc.org.br/es/fundacao-anti-indigena-um-retrato-da-funai-sob-o-governo-bolsonaro/>>.

tienen que interpretarse a partir de su carga simbólica y de la posición que el gobierno asumió desde el principio para romper con el proceso —lento, pero relativamente continuo— de giro a la centroizquierda en Brasil de los gobiernos petistas anteriores.

Con un discurso agresivo y catastrofista difundido masivamente a través de las redes sociales, los bolsonaristas eligieron a sus enemigos a la vez que justificaron las medidas del gobierno como si todas fueran en pro del progreso nacional, demonizando cualquier alternativa que no encajara con su discurso neoliberal y conservador. Así, pudieron lograr que una parte representativa del público alcanzado por ese discurso legitimara toda la agenda política, social y económica del gobierno.

Si pensamos con Gramsci (1984) —a quien la extrema derecha olavista tanto demoniza— que la conquista de la hegemonía no puede ocurrir sólo por la dominación, llegamos a la conclusión de que la construcción del consenso para lograrla ha sido la base de la guerra cultural bolsonarista. La retórica del odio, la tergiversación de la realidad, con el recurso permanente de las *fake news*, el apelo a los “valores atávicos de la nación”, la elección de un enemigo interno colectivo (la izquierda corrupta, los comunistas, los artistas, las universidades, etc.) fueron elementos meticulosamente organizados para la conquista del consenso necesario para la estabilización del nuevo régimen. El sueño del neoliberalismo: la destrucción completa de las estructuras del Estado y la transformación de la sociedad en un ente amorfo e incapaz de reaccionar sin que sea en obediencia a la voz del “líder”, parece haber encontrado terreno fértil en Brasil, como un gran laboratorio para ensayar las posibilidades de expansión de su modelo en otras latitudes.

CONSIDERACIONES FINALES

A partir de las cinco preguntas que abrieron este trabajo, buscamos elaborar un cuadro panorámico con algunas de las condiciones polí-

ticas, sociales y culturales previas a 2018, capaces de ayudar a explicar el avance de la derecha y la extrema derecha en el país, la ascensión de Bolsonaro a la presidencia y su casi reelección. Reflexionar sobre ese cuadro, sobre los cuatro años del gobierno de Bolsonaro y recordar que estuvimos a punto de tenerlo por cuatro años más confirma que la sociedad brasileña sigue polarizada. La mezcla entre nacionalismo, religión y política sintetizada en el lema “Dios, patria, familia y libertad”, defendido por los bolsonaristas en los últimos años, indica que parte de los electores se sintió representada o se dejó llevar por esa alternativa de futuro para el país. El lema, de inspiración fascista, se basa en conceptos icónicos de un mundo ideal, una sociedad homogénea sin espacio para dudas y cuestionamientos, sin lugar para lo contradictorio. En él no se concibe a la política como arena de lucha entre argumentos, visiones y proyectos; la crítica y la duda son el camino a la condena. Sin embargo, como lo contradictorio sí existe, ese tipo de lema indica subrepticamente la urgencia de derrotarlo. Así, el “comunismo”, el “socialismo”, los petistas, los adoctrinadores, los artistas que se apropian de los recursos del Estado y un oportuno etc. conforman una gama de “enemigos” que se extiende y refuerza la necesidad de una movilización constante para combatirlos. Por ello es interesante pensar el proyecto bolsonarista como una guerra cultural. Una guerra que en la actualidad se entabla en varios frentes. En el ámbito de los medios y principalmente de las redes sociales, esta estrategia transforma la política en espectáculo y el espectáculo en una guerra permanente.

Sabemos que el bolsonarismo no es un fenómeno nacional y que se vincula a un proceso mucho más amplio con el cual establece conexiones y del cual se alimenta. Sin embargo, es fundamental entender sus movimientos y características locales específicas. El bolsonarismo orbitó alrededor de un proyecto de consolidación del neoliberalismo y de la defensa de su programa de desmonte de las estructuras del Estado y precarización de las condiciones de trabajo, como si esas medidas fueran necesarias para el desarrollo de Brasil. También manejó un dis-

curso en defensa de la vía autoritaria (¡o fascista!) como la salida ideal para mantener el orden y recuperar una armonía mítica perdida y, finalmente, luchó para que la agenda moral conservadora se esparciera, arrebatando para sí el ejercicio legítimo y exclusivo de la identidad nacional. Recurrir a todos esos elementos bajo una estrategia performática fue una constante durante las dos campañas presidenciales de Bolsonaro, los cuatro años de su gobierno y continúa aún después de su derrota por Lula da Silva. ¿Por qué ha logrado permanecer? Porque Bolsonaro perdió las elecciones, pero el bolsonarismo salió victorioso, al recibir el apoyo de casi el 50% de los electores a su proyecto de país. El bolsonarismo responde a intereses económicos del agronegocio, de los industriales y de la banca; garantiza la agenda de grupos conservadores como los evangélicos; y avala la agenda de la extrema derecha. Con todo eso, el bolsonarismo sigue manteniendo su capilaridad social.

Durante todos esos años Bolsonaro y el bolsonarismo enfrentaron la resistencia de movimientos sociales, partidos de oposición y grupos de defensa de las minorías. Los desmanes de Bolsonaro: su conducta criminal durante la pandemia, una política externa vergonzosa, el apoyo a la destrucción de la Amazonia y su necropolítica no encontraron la aprobación de la mayoría de los brasileños, a pesar de todos los recursos que logró reunir para hacer avanzar su proyecto de poder. En tal contexto, los partidarios de Lula da Silva también se sintieron victoriosos: fue posible vencer una contienda contra la máquina de propaganda y la infame utilización de las estructuras y los recursos económicos del Estado.

Lula regresó a la presidencia y pudo empezar a reconstruir lo perdido. Simbólicamente, también en su primer día al frente del gobierno, el presidente electo refundó el Ministerio de Cultura. Sin embargo, el país que recibió ya no es el mismo. En Brasil, como en todo el mundo, la capacidad de crecimiento de la derecha y la extrema derecha hoy es mucho mayor que la de la izquierda. Los recursos financieros de los que disponen y su habilidad con las herramientas digitales, la creación

de hechos y la difusión de noticias, en especial las falsas, les dan a esos movimientos una gran posibilidad de expansión. El bolsonarismo se mantiene como una fuerza política importante y sigue controlando la agenda política y cultural. El nuevo gobierno necesita asumir un papel activo y reconducir el debate político, restablecer líneas de comunicación y buscar consensos. Si los adeptos de la guerra cultural bolsonarista están cerrados al diálogo, es el campo progresista quien tiene que abrirlo. El intento de golpe de Estado del 8 de enero de 2023, a una semana de la toma de posesión de Lula, en una ceremonia con una sensible carga simbólica, afortunadamente no abrió paso a las soluciones de excepción. Sin embargo, la última de las preguntas que propusimos al inicio de este texto —¿Cómo combatir el avance de la extrema derecha y retomar un proyecto cultural democrático para Brasil?— requiere de un análisis más detallado y profundo para ser bien respondida.

FUENTES

- Baggio, Kátia. “Conexões ultraliberais nas Américas: o *think tank* norte-americano Atlas Network e suas vinculações com organizações latinoamericanas”. *Anais do XII Encontro Internacional da ANPHLAC 2016*. Campo Grande, MS: ANPHLAC, en <<http://ifg.edu.br/attachments/article/7536/Conex%C3%B5es%20ultraliberais%20nas%20Am%C3%A9ricas%20o%20think%20tank%20norte-americano%20Atlas%20Network%20e%20suas%20vincula%C3%A7%C3%B5es%20com%20organiza%C3%A7%C3%B5es%20latino-americanas%20%E2%80%93%20K%C3%A1tia%20Baggio.pdf>>.
- Balestero dos Santos, Mayara A. M. y João E. B. de Miranda (orgs.). *Nova direita, bolsonarismo e fascismo: reflexões sobre o Brasil contemporâneo*. Ponta Grossa: Texto e Contexto, 2020.

- Balloussier, Anna V. “Evangélicos podem desbancar católicos no Brasil em pouco mais de uma década”. *Folha de S. Paulo*, 14 de enero de 2020, en <<https://www1.folha.uol.com.br/poder/2020/01/evangelicos-podem-desbancar-catolicos-no-brasil-em-pouco-mais-de-uma-decada.shtml>>.
- Bourdieu, Pierre. *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- Brasil Paralelo. “Sobre nós”, en <https://www.brasilparalelo.com.br/sobre?utm_medium=home>, consultada en abril de 2024.
- Castro Rocha, João Cezar de. *Guerra cultural e retórica do ódio: crônicas de um Brasil pós-político*. Goiânia: Editora e Livraria Caminhos, 2021.
- Constituição da República Federativa do Brasil. 1988, en <<https://www.tse.jus.br/legislacao/codigo-eleitoral/constituicao-federal/constituicao-da-republica-federativa-do-brasil>>, consultada en abril de 2024.
- “Eleições 2022”. *UOL*, en <<https://noticias.uol.com.br/eleicoes/2022/apuracao/2turno/>>, consultada en abril de 2024.
- Escola sem Partido. “Quem somos”, en <<http://escolasempartido.org/>>, consultada en abril de 2024.
- Fico, Carlos. “A negociação parlamentar da anistia de 1979 e o chamado perdão aos torturadores”. *Revista Anistia Política e Justiça de Transição*, núm 4 (2010): 318-333.
- “Fundação Anti-indígena: um retrato da Funai sob o governo Bolsonaro”. Inesc [página web], 13 de junio de 2022, en <<https://www.inesc.org.br/es/fundacao-anti-indigena-um-retrato-da-funai-sob-o-governo-bolsonaro/>>.
- Gramsci, Antonio. *Concepção dialética da história*, 5ª ed. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1984.
- “Jair Bolsonaro é eleito presidente com 57.8 milhões de votos”. *G1*, 29 de octubre de 2018, en <<https://g1.globo.com/politica/eleicoes/2018/apuracao/presidente.ghtml>>.
- Lionço, Tatiana y Amana Rocha Mattos. “Ensino do Criacionismo e da Bíblia nas Escolas Brasileiras: Análise de Proposições Legislativas Atuais”. *Estudos e Pesquisas em Psicologia* 21, núm. 4 (2021): 1352-1373, en <<https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/revispsi/article/view/63944/40083>>.
- Marin, Denise C. “‘Temos de desconstruir muita coisa’, diz Bolsonaro a americanos de direita”. *Revista Veja*, 18 de marzo de 2019, en <<https://veja.abril.com.br/politica/temos-de-desconstruir-muita-coisa-diz-bolsonaro-a-americanos-de-direita>>.
- “MEC apresenta os resultados do Programa Nacional das Escolas Cívico-Militares”. Gobierno de Brasil [página web], 15 de diciembre de 2022, en <<https://www.gov.br/casacivil/pt-br/assuntos/noticias/2022/dezembro/mec-apresenta-os-resultados-do-programa-nacional-das-escolas-civico-militares>>.
- Moreira, Leticia. “Relembre quais foram os ministros da Educação do governo Bolsonaro”. *Último segundo*, 1G, 31 de marzo de 2022, en <<https://ultimosegundo.ig.com.br/politica/2022-03-31/relembre-ministros-educacao-governo-bolsonaro-polemicas.html>>.
- “O PT nasceu das Comunidades de Base, afirmam ex frei Boff e Lula”. Instituto Plinio Corrêa de Oliveira [página web], 2020, en <<https://www.ipco.org.br/o-pt-nasceu-das-comunidades-de-base-afirmam-ex-frei-boff-e-lula>>.
- Rocha, Camila. “Menos Marx, mais Mises: uma gênese da nova direita brasileira (2006-2018)”. Tesis de doctorado en Ciencias Políticas, Universidad de São Paulo, 2018.
- Rubim, Antonio Albino C. “La acción político-cultural de la administración Messias Bolsonaro”. *Alteridades* 30, núm. 60 (2020): 9-20.
- Said, Edward. *Cultura e imperialismo*, 3ª ed. Barcelona: Anagrama, 2004.